

CAPITULO PRIMERO

DESCUBRIMIENTO Y PRIMERA COLONIZACIÓN (1609 á 1626)

Descubrimiento de Hendrick Hudson.—Espíritu de exploración.—Merodeadores del mar, ingleses y holandeses.—Colonización de la costa del Atlántico.—Efectos de la batalla de Lutzen sobre América.—Relaciones de Hudson con los indios.—Exploración del río Hudson.—Adrián Block, el primer constructor de navíos en América.—El comercio de las pieles.—La nueva Compañía holandesa.—La Compañía de las Indias orientales.—Fundación de la ciudad.—Llegada de Pedro Minuit.

En los primeros días de Setiembre de 1609, el navío *Half-Moon*, que costeaba incesantemente la costa americana, con la vana esperanza de encontrar un estrecho ó cualquier otra ruta marítima hacia las Indias, llegó á la embocadura de un vasto río de riberas solitarias, cuyas aguas venian corriendo, silenciosas, desde el corazón de un continente desconocido.

El *Half-Moon* era un barco pequeño de escaso andar, tripulado por una veintena de lobos marinos, holandeses é ingleses, patroneados por un aventurero inglés al servicio de Holanda, conocido de los suyos con el nombre de Hendrick Hudson. El, su barco y su tripulación estaban troquelados típicamente en aquel siglo de exploradores audaces, haciéndose á la mar bajo cualquier pabellón, con tal de que les prometie-

sen gloria y provecho aun á costa de los mayores sufrimientos y de los mayores peligros, siglo fértil también, mucho más de lo que se pudiera imaginar en atrevidos marinos, atrevidos y valerosos hijos de Inglaterra y Holanda. Este fué el período en que las más bellas promesas se cumplieron sobre el Océano por aquellos héroes, rudos y adustos, de cuchillo y brújula. Conquistaron la gloria, no sólo por la exploración de mares desconocidos y por la conquista de tierras ignoradas, sino también por la virilidad en afrontar las tenebrosas batallas navales que han inmortalizado su nombre.

Sus barquichuelos indómitos atravesaron todos los lejanos peligros del Océano, desembarazando al misterioso imperio marítimo de todas las potencias navales que rivalizaron con ellos. Llevaban estos hombres hurafios una existencia disputada á las tempestades, entremezclada de violentos placeres, mirando siempre á la muerte, que los esperaba inmutable en medio de estos perennes combates.

Durante ciento veinticinco años, España y Portugal eran, no solamente las naciones que se habían adelantado á la exploración, colonización y conquista trasatlántica, sino también las que la monopolizaban. Los navegantes más audaces se reclutaban en estas regiones ó entre los italianos. Todavía, al comenzar el siglo xvii, los españoles y los portugueses eran los únicos pueblos que habían ocupado de una manera permanente el Nuevo Mundo. Sus vastas posesiones comprendían toda la región tropical, subtropical y templada de la América del Sur. Mas hacia esta época, los vagabundos del mar (piratas) y los corsarios de Holanda é Inglaterra habían destruido en cien combates los poderosos navíos del rey de

España y arrancádoles la dominación del Océano. España seguía siendo una gran potencia, pero era una gran potencia cuya fuerza día á día iba decreciendo.

A partir del momento en que las razas del Centro y del Norte de Europa plantaron sus estandartes en el Nuevo Mundo, tomaron ante los españoles é hispano-americanos una actitud ofensiva. Hubo que detener sus arrogancias y que rendirlos. A veces fueron rendidos con eficacia; pero, en general, el pueblo español tomó una actitud defensiva, temiendo la derrota, más que amenazando con la victoria.

Sin embargo, á pesar de que la marcha de España como potencia conquistadora fué bruscamente interrumpida, pasaron dos siglos antes de que sus hijos experimentasen pérdidas de alguna importancia en sus posesiones territoriales, cuando los navíos de los colonos ingleses llegaron por primera vez á la vista de las playas americanas.

Durante la primera mitad del siglo xvii, en la costa del Atlántico, desde la Acadia á la Florida, una media docena de naciones europeas establecieron colonias. Esta vasta extensión de costa asiló á franceses, ingleses, holandeses y suecos que, como los españoles, construían fortines y fundaban pequeñas ciudades comerciales. Los ingleses habían arraigado fuertemente en Nueva Inglaterra y la Virginia, los holandeses conservaban todavía el Hudson y los suecos la embocadura del Delaware; la Acadia seguía siendo francesa y la Florida española.

Era absolutamente imposible predecir cuál de las razas se sobrepondría á las otras y si alguna de ellas llegaría á sobreponerse.

Lo probable era que los españoles guardasen sus

posesiones y que á la América templada del Norte, como á la Europa templada, la ocupasen naciones de diferente raza, religión y lengua.

Estamos tan acostumbrados á considerar la parte de América situada al Norte del Río Grande como el natural patrimonio de los pueblos de lengua inglesa, que no acertamos á concebir cuán dudosa es esta perspectiva en la época en que comienza la colonización. Nadie podía predecir qué potencia saldría vencedora en la lucha, y el porvenir de América estaba ligado á guerras en que su destino apenas entraba en cuenta para nada.

Supongamos que Gustavo Adolfo no hubiera perecido sobre el campo de batalla en Lutzen y que hubiese realizado su proyecto de fundar un gran imperio escandinavo alrededor del Báltico con flotas tan poderosas como sus ejércitos. Probablemente entonces la gloria del nombre sueco y el terror que inspiraba asegurarían la paz y la prosperidad á los colonos suecos del otro lado del Atlántico.

Si las flotas holandesas hubiesen sido algo más poderosas y los diplomáticos holandeses hubiesen apreciado á Manhattan como apreciaban á Java, los Nuevos Países-Bajos jamás se hubieran convertido en New-York.

Parecía posible, y en el siglo XVII lo era, que el XIX viera los Estados holandeses y suecos prósperos, sólidamente arraigados en las riberas del Hudson y del Delaware, del mismo modo que actualmente una población francesa, llena de vitalidad, demora á lo largo del río San Lorenzo.

El resultado final fué que los colonos ingleses y sus descendientes americanos tuvieron, no solamente que domeñar un continente salvaje y obstinado y retroce-

der no pocas veces en su marcha ante las hordas de los bosques y de las llanuras, sino también á arrancar de manos intrusas de raza europea, una gran parte de las regiones más bellas, donde los americanos heredaron la lengua inglesa. Buen número de ciudades de La Unión testimonian este hecho: Albany, Detroit y Santa Fe, para no citar más que tres nombres entre tantas ciudades, donde los ingleses recogieron lo que holandeses, franceses y españoles habían sembrado.

La historia de New-York merece ser estudiada por más de un motivo. Es la historia de la ciudad mayor de lengua inglesa que los ingleses han conquistado pero no fundado, y en la que el sistema legislativo y gubernamental inglés ha tenido siempre completa autoridad, aunque la población en conjunto, compuesta como lo está, y lo ha estado siempre de elementos diversísimos y movibles, no se haya britanizado nunca en absoluto. Además, por lo que toca á los cien últimos años, es la historia de una ciudad comercial de prosperidad maravillosa, la más grande ciudad del mundo en que el sistema democrático se haya ensayado de mejor buena fe durante un tan largo periodo. La experiencia, hecha en circunstancias que presentaban ventajas y desventajas igualmente excepcionales, es de un inmenso interés, tanto por la proporción del éxito como por la del fracaso.

Hudson, al llegar al borde del río al cual se dió después su nombre, dudaba por de pronto que se tratase realmente de un río, y más bien creía y confiaba haber dado con un gran brazo de mar que representase el paso del Noroeste hacia la India, la ruta cuya vana investigación costó la vida á él y á tantos otros valientes. Quedó una semana en la bahía inferior; después

ancló, por espacio de un día, en el paraje que es en la actualidad el nuevo puerto.

Sus barcos exploraron las riberas vecinas y encontraron numerosas aldeas indias, porque el país parecía bien poblado. Los salvajes se acercaron en masa para ver á los blancos extranjeros y se dedicaron á cambiar su tabaco por los cuchillos y los abalorios de los europeos. Naturalmente, no podían faltar ocasiones de querella entre marinos rudos y brutales y hombres rojos, de temperamento variable y agresivo, de carácter pérfido. Una vez, la tripulación de un barco fué atacada por dos canoas cargadas de guerreros, y un marino muerto por una flecha que le atravesó la garganta. Pero, en definitiva, sus relaciones fueron amistosas. El comercio y los cambalaches continuaron sin obstáculo alguno.

Hudson no tardó en descubrir que se hallaba en la desembocadura de un río y no en la entrada de un estrecho. Pasó tres semanas en explorarla y la remontó hasta un punto en que la disminución de la profundidad le advirtió que había llegado al límite navegable, á los alrededores del sitio que ocupa Albany actualmente. Allí encontró numerosas tribus indias diseminadas por las riberas, y trabó buenas relaciones con estas tribus, ofreciendo á los jefes menudencias de toda clase, é iniciándoles por primera vez en los atractivos del agua de fuego, que más tarde ha sido el terrible flagelo de su raza. Así es que fué bien recibido cuando visitó los *wigwams*. Sus huéspedes organizaron fiestas y comidas, en cuyo *menú* entraba, no solamente caza de pluma, sino hasta perros engrasados, que fueron muertos por los *squaws* y desolladores con conchas de almejas.

Los indios, que habían hecho algunos progresos en

la agricultura rudimentaria, llevaron al navío gran cantidad de trigo, de habas y de calabazas, cuyo precio fijaron con arreglo á las grandes tasas que regían en sus villas. La desproporción entre el número de productos y lo sumario de sus necesidades atestiguaba bien á las claras la fertilidad del suelo.

Hudson necesitó estar perpetuamente en guardia contra sus nuevos amigos. Una vez fué atacado por una partida de guerreros hostiles, que batió, matando muchos de ellos.

Sin embargo, una circunstancia hacía despreciar todos estos peligros á aquellos aventureros, ávidos de ganancias y de trueques: era ver á los indios en posesión de magníficas y abundantes pieles, porque los mercaderes europeos concedían tanto valor á las pieles como á las sedas, las especias, el marfil y los metales preciosos.

Después de haber alcanzado el límite navegable, el *Half-Moon* volvió hacia el Sur avanzando á grandes jornadas, y se dejó ir á flor de agua, llevado por una rápida corriente, hasta que ancló de nuevo en la bahía.

La magnífica estación de otoño había estado algo desnaturalizada por las nieblas nocturnas y diurnas.

Durante la exploración que había hecho al interior de las tierras, el *Half-Moon* había atravesado paisajes notables por su carácter de salvaje y solitaria grandeza. Había recorrido la larga línea de murallas de rocas dentadas y amenazadoras que conocemos bajo el nombre de Palizadas; había seguido las curvas que trazan las sinuosidades del río, sea entre picos gigantes, sea en su proximidad, como el *Storm King*, el *Crow's Nest* y sus hermanos. Había, en fin, desplegado sus velas ante los montes *Catskill*, que se habían

revestido ya en esta estación con su brillante manto de nieve.

Sobre el puente, los vigías estudiaban atentamente vastas soledades de vagas apariencias, que se extendían de una parte á otra de lugares sin número, porque toda la comarca estaba cubierta de un único é inmenso bosque, donde los cazadores rojos, que no habían visto nunca blancos, perseguían animales salvajes todavía desconocidos para los últimos.

En los primeros días de Octubre, Hudson se hizo á la vela para regresar á Holanda, donde la nueva de su descubrimiento excitó vivamente el interés de los mercaderes atrevidos, y en particular de los que se sentían inclinados al comercio de pieles. Muchos de estos últimos enviaron nuevos barcos á la bahía y al río recientemente descubiertos, tanto para fomentar el cambio con los salvajes, cuanto para hacer exploraciones y relaciones más precisas sobre el país.

El más renombrado de los capitanes de estas expediciones, después de Hudson, fué Adrián Block, que estando anclado á lo largo de la isla Manhattan, vió su barco destruido por un incendio. Púsose bien pronto á construir otro, y como era hombre inteligente y muy resuelto, trabajando en el corazón de la selva virgen, construyó y lanzó á la mar un *yacht* de cuarenta y cinco pies, que llamó *On rest (el Infatigable)*, nombre que convenía muy bien á la embarcación de uno de aquellos atrevidos aventureros siempre errantes. Este tosco barco de exploración fué el primero lanzado al mar en nuestras aguas, y su quilla la primera en surcar las aguas del Estrecho.

Los primeros barcos de comercio y de exploración obtuvieron maravillosos resultados, y los mercaderes, viendo que podían ganar mucho dinero en el comercio

de pieles de Manhattan, tomaron la determinación de establecer puestos permanentes en el nacimiento y en la desembocadura del río. El principal fuerte se encontraba cerca de la desembocadura del Mohawk; pero se construyeron también algunas cabañas en la extremidad Sur de la isla Manhattan, y dejaron una media docena de empleados, bajo la dirección de Hendrik Cristiansen, que mandaba los dos puestos.

Así, la gran ciudad comercial de New-York tuvo, como era natural, su origen en un grupo de barracas de comerciantes.

Tales fueron los oscuros principios de donde había de brotar una de las más poderosas ciudades de la edad moderna, que no merece menos admiración por su desenvolvimiento extraordinario que por el esplendor de su prosperidad material. Desde su punto de partida, la nueva población, destinada á ser la más grande del Nuevo Mundo, tomó rango entre los grupos humanos que deben al comercio su existencia y su prosperidad, y en los que todo el carácter, todo el desenvolvimiento están subordinados, para el bien como para el mal, á influencias exclusivamente comerciales. En su fundación misma, la dirección que debía tomar en su desenvolvimiento la gran ciudad de la isla Manhattan estaba ya vagamente trazada, y su curso bosquejado anticipadamente.

Cristiansen fué á poco muerto por un judío.

Durante dos ó tres años, sus asociados comerciales llevaron en la isla Manhattan una existencia muy análoga á la que llevan actualmente los hombres que se ocupan del comercio de pieles en los antepuertos más lejanos del extremo Noroeste de este continente. Algunos eran hombres respetables y honrados. Otros cayeron en una negligencia sórdida y en un salvajis-

mo igual al de los rojos, entre quienes vivían. Cazaban, pescaban, callejeaban. A veces mataban los animales de que tenían necesidad. Otras se los procuraban, así como el trigo y el tabaco, mediante cambios con los indios. De tiempo en tiempo, entraban en querrela con los salvajes que les rodeaban, pero por lo común, quedaban en buenos términos con ellos, y en cambio de rom y de objetos de pacotilla, se apropiaban en gran número pieles de mucho precio, principalmente de castores, que pululaban en todas las corrientes del agua, y también de nutria y otras especies septentrionales, como la cibelina y la marta. A largos intervalos, estas pieles eran acomodadas en las sentinas de tres ó cuatro barquitos que llegaban todos los años ó cada seis meses á Holanda, llegada que era el principal incidente de la monótona vida de un comerciante en pieles.

Los mercaderes que primero habían enviado barcos á Ultramar y establecido un puerto de comercio, se asociaron á otros para formar la Compañía de la Nueva Holanda. Porque en esta época la colonización y la conquista eran emprendidas más frecuentemente por grandes compañías de comercio que por el gobierno ó los individuos.

El gobierno de los Países-Bajos concedió á esta Compañía el monopolio del comercio de pieles, así como el territorio recientemente descubierto, por tres años, á partir de 1615, y renovó esta cesión de año en año hasta 1621, época en que cayó en desuso, por la presencia de un competidor más poderoso.

La Compañía era una corporación exclusivamente comercial, que no hizo ninguna tentativa seria de colonización; pero el comercio de pieles era ventajoso. Conservóse el puerto de la isla Manhattan mientras

se construía un segundo hacia el punto extremo de agua navegable del Hudson, cerca del lugar que ocupa en nuestros días Albany.

En 1621, la gran Compañía de las Indias Occidentales recibió de los Estados generales una carta, con el monopolio del comercio americano, y esta Compañía fué la que fundó realmente la ciudad, estableciendo la primera colonización, que se proponía hacer permanente. Se le dió el magnífico territorio descubierto por Hudson, bajo el nombre de Nueva Holanda.

La Compañía era una de las tres ó cuatro inmensas corporaciones que poseían un poder soberano y que jugaron un no despreciable papel en la dirección de los destinos del mundo, durante los dos siglos que precedieron inmediatamente al nuestro.

La gran ciudad comercial debió verdaderamente su fundación, no á un individuo, ni siquiera á un gobierno nacional, sino á una extensa corporación de negociantes, creada, no obstante, para hacer la guerra y ejercer el poder, tanto como para ocuparse de comercio. Los mercaderes que formaban la Compañía de las Indias Occidentales recibieron derechos que les otorgaban el ejercicio de un poder soberano, porque la tarea que emprendían era de una increíble grandeza y tan peligrosa, que no podía ejercerse sino en esas condiciones. Eran soldados y marinos, no menos que negociantes; pero, realmente, no había más que negociantes dotados de una voluntad de hierro, de una audacia infatigable que se proponían sembrar gérmenes de oro más allá de aquellos mares llenos de peligros, á los cuales sólo sobrevivían los más fuertes.

Las vías de comercio no eran menos peligrosas que las de la guerra.

La Compañía de las Indias Occidentales fué formada por el comercio para hacer una guerra sin tregua al enemigo público, al rey de España. Ella también proporcionaba gobernadores y jueces á las colonias y á los países conquistados; fundaba ciudades y construía fuertes; tomaba á sueldo hábiles almirantes para conducir á la batalla y al pillaje los barcos de sus numerosas flotas. Muchas de las proezas y de las heroicidades que honran los fastos de la historia de Holanda, fueron llevadas á cabo por los marinos mercenarios de esta Compañía. En sus manos, el acero reportaba mayores beneficios que el oro, y los dichosos accionistas de Amsterdam y de Zelanda, recibían enormes dividendos, gracias á la venta del botín tomado en las ciudades saqueadas del Brasil y á la captura de los galeones cargados de tesoros, que habían antes formado la «flota de dinero», de España.

En el tumulto de batallas y de negocios, la Compañía no tenía apenas el pensamiento de proyectar la colonización.

Sin embargo, en 1624 se enviaron algunas familias protestantes al Hudson en el navío *Nueva Holanda*, y muchas de ellas residieron en la isla Manhattan.

El verano siguiente llegaron otras varias familias, y puede decirse que entonces realmente se fundó la ciudad, porque, á partir de esta fecha, la población de la isla Manhattan se componía de colonos establecidos *«perpetuitate»*, al lado de comerciantes en pieles, que sólo estaban de paso.

En fin, en Mayo de 1626, el director Pedro Minuit, un westfaliano que la Compañía nombró primer gobernador de la colonia, llegó al puerto en el barco

Gaviota, conduciendo una muchedumbre de verdaderos colonos, acompañados de sus mujeres y sus hijos, con sus bestias y los trebejos domésticos. Estos colonos se instalaron en la isla con el proyecto de habitarla, no sólo ellos, sino los hijos de sus hijos.